

A woman with long brown hair in a ponytail, wearing a black sleeveless dress, is shown in profile against a dark blue night sky filled with stars. Her right arm is extended, and she appears to be holding or reaching towards the stars. The overall mood is contemplative and ethereal.

En la
oscuridad
resplandecen
las estrellas

OZ
EDITORIAL

Diana Peterfreund

EN LA OSCURIDAD RESPLANDENCEN LAS ESTRELLAS

Diana Peterfreund

Traducción de Paula Zumalacárregui



EN LA OSCURIDAD RESPLANDECEN LAS ESTRELLAS

V.1: junio, 2014

Título original: *For Darkness Shows The Stars*

© Diana Peterfreund, 2012

© de la traducción, Paula Zumalacárregui, 2013

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2014

Diseño de cubierta: Harper Collins

Adaptación de cubierta: Taller de los Libros

Publicado bajo acuerdo con Lennart Sane Agency AB.
Todos los derechos reservados.

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2^º 1^ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-06-7

IBIC: YFHR

Depósito Legal: B. 15483-2014

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

En la oscuridad resplandecen las estrellas

Una novela inspirada en *Persuación*, de Jane Austen

Han pasado generaciones desde que el experimento genético que tenía que transformar la tierra fracasó y diezmó a la humanidad, generando una sociedad donde la tecnología es ilegal y el poder está en manos de una reducida casta de personas: la nobleza ludita.

Elliot North es una ludita disciplinada que dirige la hacienda de su padre. Cuando Kai, su sirviente, de quien está completamente enamorada, le pide que se fugue con él, Elliot siente que su deber es quedarse aunque eso le rompa el corazón.

Cuatro años después, Kai regresa como miembro de un poderoso grupo cuyas ideas transgresoras amenazan el rígido sistema ludita. Elliot tiene una segunda oportunidad, pero sabe que intentar recuperar el amor de Kai significa traicionar todo aquello en lo que le enseñaron a creer.

ÍNDICE

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Tercera parte

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Agradecimientos

Sobre la autora

Para mi madre, a quien le encanta Jane Austen tanto como
a mí, y para mi hija, a quien le encantará algún día.

Primera parte:

El motor intacto

No podrían haber existido dos corazones tan sinceros, ni gustos tan similares, ni sentimientos tan al unísono, ni rostros tan queridos. Ahora eran como extraños. No, peor que extraños, pues ellos nunca podrían llegar a intimar: el suyo era un distanciamiento perpetuo.

JANE AUSTEN, *Persuasión*

Hace doce años

Querido Kai:

Me llamo Elliot y tengo seis años y vivo en la casa grande. Todo el mundo dice que eres más listo que yo, pero yo sé que soy la más lista. Seguro que nisiquiera puedes leer esta carta.

*Tu amiga,
Elliot North*

Querida Elliot:

Claro que se leer y ~~escribir~~ escribir. E leído tu carta y no eres tan lista. Solo eres rica. En la casa grande tienes profes. Mi papá me enseña a leer después de que trabajamos para tu papá todo el día. Así que se leer y además se harreglar un tractor. Seguro que tú no.

*Tu amigo,
Kai*

Querido Kai:

Qué majo eres. Gracias por enseñarme a cambiar la rueda del tractor hoy. Me lo he pasado mui bien, pero mi madre se ha enfadado al ver que me había manchado de barro el vestido. No te preocupes no se lo digo. Espero que te guste este libro. Es uno de mis favoritos.

*Tu amiga (¡ahora siento que lo digo en serio!),
Elliot*

Querida Elliot:

Gracias por el libro. Tienes razón, está mui bien. Mi parte favorita es la historia de Jasón y sus ~~abenturas~~ aventuras en el barco. Me gustaría ser argonauta. O incluso Jasón. ¿Sabes que aquí antes construian barcos como ese?

*Tu amigo,
Kai*

P. D. Si quieres volver al establo, te enseñaré más cosas del tractor.

Querido Kai:

Sí, ya sé lo de los barcos. Era mi aguelo el que hacía eso, cuando era joven. Se llama Elliot también, como yo, y mi madre dice que era el hombre más listo de toda la isla. Pero hace tiempo que está enfermo.

Tengo malas noticias: mi hermana Tatiana se ha chivado de lo del tractor y ahora mi padre dice que no puedes venir a la casa grande. Así que de ahora en adelante si quieres ~~escribirme~~ escribirme una carta dóblala y ponla en la grieta que hay en una de las tablas de la puerta del establo. Pasaré a cogerla.

*Tu amiga,
Elliot*

Querida Elliot:

Es genial lo de tu abuelo. Yo al mío no lo conozco. Mi papá dice que era reducido, dice que tanto su mamá como su papá eran reducidos y que murieron hace mucho tiempo.

Espero que te guste esta carta. Si la doblas exactamente igual que yo, volará ella sola. Es un avión. Puedo enseñarte cómo se hace si vienes a verme alguna otra vez. Ya sé que tu papá ha dicho que no puedo ir a la casa grande, pero no ha dicho que no puedas venir tú al establo.

*Tu amigo,
Kai*

Querido Kai:

Siento no haber podido ir a verte. Espero que te guste mi avión. Es como el tuyo pero me parece que vuela más lejos todavía.

También siento lo de tus abuelos. ¿Es raro pensar que vienes de gente reducida?

Me gustaría volver al establo. Mi padre se va a Channel City todos los meses y creo que será mejor que vaya cuando él no esté. Se suele llevar también a Tatiana, así que no se podrá chivar.

*Tu amiga,
Elliot*

Capítulo Uno

Elliot North corría por el prado dejando una cicatriz verde en la plateada hierba, cuajada de rocío. Jef la seguía, tropezándose de vez en cuando a causa del tamaño de sus zapatos, demasiado grandes para sus pies.

—¿Estás seguro de que tu madre dijo el campo suroeste?
—gritó Elliot.

—Sí, señorita —jadeó él.

Elliot aceleró confiando en llegar a tiempo para salvar al menos parte de la cosecha, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde incluso antes de ver la afligida mirada en el rostro de Dee la capataz.

—Se ha perdido todo —dijo acercándose a Elliot—. Lo siento mucho.

Elliot se derrumbó en el suelo, y la áspera gravilla de la carretera le raspó las palmas de las manos. Arañó la tierra con las uñas. Todo su trabajo se había ido al garete.

Jef llegó corriendo tras ellas y se agarró al dobladillo de la falda gris de su madre. La mujer se tambaleó un poco, perdiendo el equilibrio a causa de su barriga redondeada por el embarazo. Elliot se fijó entonces en las siluetas de su padre y de Tatiana, que se encontraban al final de la carretera, en el extremo del campo, observando trabajar a los reducidos.

—Ha traído a cincuenta trabajadores esta mañana a primera hora —comentó Dee al darse cuenta de lo que

estaba mirando.

No le extrañaba nada. Diez o veinte no habrían conseguido terminar el trabajo antes de que Elliot se hubiera enterado. Si no se hubiera encerrado en el granero... Si hubiera desayunado con su familia... Entonces habría podido disuadirle. Elliot respiró hondo y se enderezó, relajando los puños a ambos lados de su cuerpo. No podía permitir que su familia adivinara la magnitud de los daños, pero necesitaba respuestas.

Mientras se acercaba, Tatiana se volvió alertada por el sonido de las botas sobre la gravilla. Cómo no, su hermana llevaba unos zapatos elegantes a juego con su vestido, y a pesar de que no hacía sol, giró sobre su cabeza una sombrilla color rosa pastel, con tonos más oscuros en el borde. En sus dieciocho años de vida, Elliot nunca había visto a su hermana mayor con ropa de trabajo; lo más parecido que se había puesto nunca había sido un traje de montar.

—¡Hola Elliot! —canturreó, aunque su expresión era taimada—. ¿Has venido a ver el nuevo hipódromo?

Elliot la ignoró y se dirigió a su padre.

—¿Qué está pasando aquí?

Sólo entonces se volvió el barón, pero su semblante plácido no dejó entrever nada.

—Ah, Elliot. Me alegro de verte. Deberías tener una charla con esa capataz. —Hizo un gesto vago en dirección a Dee—. Tardó unos diez minutos en traer a los trabajadores esta mañana. ¿No está demasiado avanzado su embarazo como para que nos sea de alguna utilidad?

Elliot observó cómo las últimas gavillas verde-oro quedaban aplastadas bajo los pies de los reducidos y sus arados. La mayoría de los trabajadores habían empezado a rastrillar los restos de la matanza, y el campo había recuperado ese tono marrón apagado que resultaba tan inútil. La culminación de dos años de trabajo, destruida.

—Padre —empezó a decir intentando que no le temblara la voz. Tenía que abordar el asunto como si se tratara de cualquier otro campo—, ¿qué ha hecho? Este campo estaba casi listo para la cosecha.

—¿De veras? —Su padre arqueó una ceja—. Los tallos parecían excesivamente cortos. Claro que no tengo la misma mano que tú con el trigo. —Se rió entre dientes, como si la mera idea le resultase absurda—. Y además, este campo era la mejor opción para el hipódromo. Vamos a construir el pabellón cerca del arroyo.

Elliot abrió la boca para responder, pero cambió de opinión al instante. ¿De qué serviría? La cosecha había sido destruida, y por mucho que intentara demostrar que era una locura, nada haría que su padre se replanteara sus acciones antes de repetirlas. Podía señalarle el porcentaje de la cosecha que había perdido, y lo que eso significaría en términos económicos y de mercado, o el número de reducidos que pasarían hambre aquel invierno a menos que importara parte del grano de sus vecinos. Podía decirle cuán cerca estaban ellos mismos de pasar hambre debido a su falta de consideración hacia la granja. Incluso podía decirle la verdad: que el trigo que los arados acababan de soterrar valía más grano que la mayoría de los campos de aquel tamaño. Era el trigo especial de Elliot.

Era trigo importante.

Por supuesto, aquella confesión acarrearía consecuencias aún peores.

Así que, como siempre, se tragó el grito que se le solidificaba en la garganta y adoptó un tono ligero. Servicial. Obediente.

—¿Hay algún otro campo sembrado que vaya a necesitar antes de la cosecha? —preguntó.

—Y si los hay, ¿qué? —interrumpió Tatiana.

—Que me gustaría asegurarme de que no sufrís más retrasos —dijo Elliot con suavidad—. Puedo organizar a los

trabajadores muy rápidamente.

—También puede hacerlo padre, y yo—dijo Tatiana—. ¿O te crees que tienes una mano especial con los reducidos?

El simple hecho de que a ella los reducidos la conocían y a Tatiana no la hacía mucho más apta para la labor. Pero no podía decir algo así, ya que sólo serviría para crear más problemas de los que ya tenía.

—Me gustaría hacer que resultase más conveniente para... —respondió.

—Bien —dijo el barón North—. Este campo será suficiente para mis necesidades. Fue el único que me pareció... —Le dio una patada a un tallo solitario—... problemático.

Después se volvió hacia su hija mayor y empezó a señalar con su bastón para ilustrar los límites del hipódromo que tenía en mente. Mientras su padre se alejaba, Elliot calculó rápidamente la cantidad de mano de obra y de dinero que necesitaría para llevar a cabo el proyecto. No tendrían grano que vender aquel otoño y apenas dispondrían del dinero suficiente para comprar lo que necesitaran para sobrevivir al invierno, pero su padre no lo veía así: él se merecía un hipódromo más de lo que sus trabajadores reducidos merecían comer.

Elliot se metió en el campo deslizándose entre los travesaños de la cerca de madera. La tierra húmeda, recién revuelta, se hundía bajo los tacones de sus botas; aquí y allá, en el mortecino polvo, pudo ver motas de oro.

—Lo siento mucho, Elliot —murmuró Dee al acercarse a ella—. Estaban creciendo muy bien.

—No había nada que pudieras hacer. —Aunque habló con voz apagada, estaba diciendo la verdad. Cualquier retraso provocado por la capataz habría servido para despertar la ira de su padre y su necesidad de castigarla.

—¿Qué ha dicho tu pa... qué ha dicho el barón sobre mí? —Los ojos de Dee rebosaban preocupación—. Sé que...

—No te va a mandar a la casa de maternidad. — Seguramente su padre ya se habría olvidado de la existencia post. Para él, Dee no era más que una herramienta que podía utilizar para dirigir a los trabajadores reducidos... o para castigar a Elliot.

—Porque no habría nadie que cuidase de Jef si...

—No le des más vueltas. —Elliot lanzó una mirada al vientre de la mujer—. Tienes otras cosas en la cabeza.

—Yo tendré que apañármelas para alimentar dos bocas este invierno —respondió la capataz—. Pero tu mirada me dice que tú estás preocupada por un centenar.

—No es que me preocupe. Estoy decepcionada porque mi proyecto se retrasará un año más, pero... —Su frágil sonrisa se quebró. ¡Un año más! Otro año más de racionamiento, otro año sin fiesta de la cosecha, viendo adelgazar y enfermar a los niños reducidos a medida que el frío arreciara; aguantando las miradas acusadoras de los pocos post que quedaban en la propiedad mientras luchaba por distribuir equitativamente cada saco de grano. Aquel campo podría haberlos salvado.

—¿De verdad están tan mal las cosas? —La voz de Dee llenó el espacio que Elliot había abandonado al silencio.

—¿Y qué harías si fuese así? —preguntó a su vez.

Si ella se encontrase en la situación de la mujer cogería a Jef y se marcharía adondequiera que Thom, el compañero de Dee, se hubiese ido cuando los malos tiempos habían hecho que muchos de los post abandonaran la hacienda North.

Legalmente, los post-reduccionistas todavía conservaban la condición humilde de sus antepasados reducidos y estaban vinculados a la hacienda en la que habían nacido. Pero ese sistema se había ido desmoronando en los últimos tiempos. No había forma alguna de controlar los movimientos de los post que deseaban dejar las haciendas donde habían nacido. Ni de parar a los luditas

ricos que atraían a los más cualificados prometiéndoles mejores condiciones, dejando a sus vecinos sin trabajadores. Elliot presenciaba, impotente, cómo la hacienda de los North se iba quedando sin mano de obra cualificada año tras año. Pero, ¿cómo iba a reprocharles que aprovecharan la ocasión de buscar oportunidades en otro sitio, oportunidades que su padre jamás les ofrecería? Incluso existían comunidades enteras donde, según Elliot había oído, los post vivían libres. Pero, allí en el norte, los únicos post «libres» que Elliot había visto eran mendigos desesperados por encontrar trabajo o comida.

Le preocupaba que fuera eso lo que le hubiera pasado a Thom. Le preocupaba que fuera eso lo que le hubiera pasado... a todo el que se había marchado.

—Encontraría una manera de ayudarte —dijo Dee—. Al igual que tú siempre has ayudado a todo el mundo aquí.

—Sí. He sido buena ayudándolos... —repuso Elliot con pesar. Sabía que Dee veía a Thom de vez en cuando —su embarazo lo confirmaba—, pero la mujer nunca le había dicho dónde pasaba Thom la mayor parte del tiempo. Dee ni siquiera se fiaba de ella lo suficiente como para contarle eso, aunque tiempo atrás Elliot hubiera compartido con ella que tenía el corazón roto.

Elliot no podía permitirse que ningún otro post se marchara de la hacienda. Ya se encontraba bastante sola.

Dee hizo un gesto en dirección al campo.

—Sé que no habrías hecho esto si la situación no hubiese sido desesperada.

Eso era evidente. Después de todo, Elliot era una ludita y, aunque lo que había hecho no iba contra los protocolos en sentido estricto, se encontraba como mínimo en terreno dudoso. Miró en dirección al campo destrozado. Tal vez se tratase de una advertencia divina. Tal vez todo aquello del experimento fuese un error. Después de todo, si su padre sospechaba la verdad, Elliot podía considerarse afortunada

de que se hubiese limitado a soterrar el trigo a golpe de arado.

Siempre era difícil de decir con Zachariah North; su padre era capaz de hacer por pereza y por capricho lo que ciertos hombres harían como un acto de crueldad deliberada. Los comentarios del barón habían sido lo suficientemente ambiguos como para asustarla, otro de sus muchos talentos.

—Ya encontrarás la solución —dijo Dee—. No te vengas abajo por este revés. Especialmente cuando tu meta es tan... elevada.

El titubeo de la post lo decía todo. La meta de Elliot era elevada, ciertamente; abarcaba un terreno que los luditas habían abandonado hacía tiempo. Lo que perseguía era nada menos que un milagro.

Hace once años

Querida Elliot:

Gracias por venir ayer y por traer los libros nuevos. Espero que te gustara haprender cosas de la trilladora. Fue buena idea lo de que binieras vinieras con ropa vieja, aunque ¡casi no te reconocí!

He hablado con papá de esas palabras sobre las que estuvimos discutiendo. Dice que vosotros nos llamáis HR porque significa Hijos de la Reducción. Existe otra palabra, pero papá dice que nos meteríamos en problemas si la usáramos delante de ti. Es la palabra «postreduccionistas». Papá y sus amigos se llaman asimismos «post». Solo que tú eres mi única amiga. No hay ningún otro post HR de mi edad en la hacienda North, o que tenga más o menos siete años, y ninguno de los niños reducidos sabe leer.

Espero no meterme en problemas por decirte esa palabra. Papá dice que a los luditas no les gusta porque significa que la Reducción ya ha pasado.

*Tu amigo,
Kai*

Querido Kai:

¡Tu nuevo avión es el mejor del mundo! ¡Si hasta hace piruetas!

Si los amigos de tu papá le llaman post, entonces yo también te llamaré post a ti. Porque quiero ser tu amiga. Lla había oído la palabra, se la había oído a los HR que trabajan en la casa grande, pero nunca han querido decirme lo que signficaba. Ahora ya sé por qué. Pero para mí tiene más sentido que llamarte HR. Después de todo, tú no eres hijo de un reducido. No te preocupes: no usaré la palabra delante de mi familia.

Estaba preocupada porque igual estabas enfadado conmigo por hacerte todas esas preguntas sobre los reducidos. Pero es que eres el único HR post que habla conmigo. ¿Sabes que tú y yo nacimos el mismo día? Por eso sabía quién eras, porque los HR de la casa grande siempre estaban hablando de nosotros. También hay una chica reducida que nació el mismo día que nosotros. ¿Sabes quién es?

*Tu amiga,
Elliot*

Capítulo Dos

Ro vivía sola en una cabaña en el extremo del área de los reducidos. Tiempo atrás la había compartido con otras dos chicas reducidas, pero las jóvenes tuvieron hijos y fueron trasladadas al caserón situado más cerca de la guardería. Ro agradeció el espacio extra y llenó la cabaña de sus adoradas macetas. Elliot le había regalado más hacía unos meses, por su decimoctavo cumpleaños. Se había vuelto un poco más indulgente con sus regalos en los últimos cuatro años, ya que ahora sólo lo celebraban ellas dos.

Ro no había sido una de las trabajadoras que había destruido la cosecha de trigo porque aquella mañana había tenido turno en la lechería, así que Elliot acudió a ella en busca de consuelo. Quizá Tatiana y su padre prefirieran la oscuridad del santuario de la caverna de las estrellas, pero sólo había dos sitios en la hacienda North que fuesen un refugio para ella, y el desván del establo estaba demasiado lleno de apuntes sobre el trigo como para ofrecerle alivio. Sin embargo, allí podía guardar silencio durante unos preciosos minutos, y llenarse las manos de tierra, y fingir que no la aguardaba ninguna preocupación más allá de los confines de aquella choza bañada por el sol. No tenía sentido obcecarse. ¿De qué le serviría?

Ro, que ya estaba cavando entre las flores cuando llegó Elliot, llenó de barro los tablones inacabados del suelo al cruzar la habitación para saludar a su amiga.

—Hola, Ro —saludó a su vez.

Los ojos verdes de Ro —tan poco comunes, incluso entre los reducidos— estudiaron el rostro de Elliot y frunció el ceño.

—Sí, estoy triste —admitió. Nunca había conseguido mentirle a Ro. Quizá su amiga fuese una reducida, pero no era insensible. A Elliot le habían enseñado desde que era niña que los reducidos podían intuir el miedo como los perros. Con el paso de los años había empezado a preguntarse si el habitual silencio de los reducidos hacía que leer los rostros resultase más importante para ellos.

Para algunos luditas, los reducidos eran niños, perdidos e indefensos, pero aun así humanos. Para otros, eran animales de carga, prácticamente mudos e incapaces de albergar pensamientos racionales. Su madre le había enseñado que los reducidos eran su deber, así como el deber de todos los luditas. La población de aquellas dos islas había quedado incomunicada desde las Guerras de los Perdidos, así que bien podían ser los únicos habitantes del planeta. Los luditas que habían sobrevivido sin mácula a la mancha de la Reducción, tenían, por lo tanto, la responsabilidad de ser los guardianes no sólo de toda la historia y la cultura de la humanidad, sino de la humanidad en sí misma.

Habían pasado generaciones desde que algún ludita tratara de rehabilitar a los reducidos; la mera supervivencia había sido prioritaria. Pero Ro era más que el deber de Elliot: se había convertido en su amiga, y a veces se atrevía a preguntarse lo que la joven reducida podría llegar a ser —lo que cualquier reducido podría llegar a ser— si los luditas tuvieran los recursos para intentarlo.

El rostro de Ro se iluminó y cogió la mano morena de Elliot con la suya, fangosa y enrojecida. Tiró de ella hacia las macetas sonriendo de oreja a oreja, y Elliot se dejó arrastrar; sabía qué era lo próximo. Las macetas de Ro

llevaban los últimos cuatro años produciendo la misma profusión de flores, pero Ro seguía dando la bienvenida a cada una de ellas con el mismo grito de alegre sorpresa.

Ro la condujo hasta un grupo de macetas apartado del resto y los ojos de Elliot se agrandaron por el asombro. Aquellas flores eran distintas de cualquier otras que hubiera visto jamás, ni rojas ni amarillas ni moradas ni negras, sino de un pálido color lila con vetas escarlatas que recorrían como venas cada uno de los pétalos desde las profundidades de un corazón carmesí oscuro.

—¡Son preciosas, Ro! —exclamó Elliot mientras intentaba descifrar su composición genética. Una simple polinización cruzada tal vez, ya que las flores moradas estaban demasiado cerca de las rojas...

Ro empezó a dar brincos y palmadas. Señaló las flores rojas y moradas que estaban plantadas cerca de allí y luego a Elliot, que entrecerró los ojos recordando las noches que habían pasado juntas en el desván del establo.

No, era imposible. Ro era una reducida.

Unas pocas palabras, algunos signos y tareas sencillas y repetitivas era lo máximo que los reducidos podían procesar. Eran capaces de recibir adiestramiento, pero no de desempeñar ningún otro tipo de trabajo cualificado. Y requerían estrecha vigilancia: los jóvenes, los enfermos, las embarazadas y los ancianos eran extrañamente propensos a autolesionarse, por lo que los luditas se veían obligados a encerrarlos. La casa de maternidad temida por Dee era, por desgracia, una necesidad para las mujeres reducidas, pero suponía una tortura para una post como ella.

Ro asentía con la cabeza, entusiasmada, imitando el gesto de coger flores y juntando después las palmas.

—Go Ro —dijo en el extraño lenguaje monosilábico, lo único que los reducidos eran capaces de producir.

Go Ro. Trigo Ro. Trigo especial de Ro. Era imposible. Un reducido jamás sería capaz de comprender aquello en lo

que Elliot había estado trabajando en secreto, jamás sería capaz de recrear los injertos por su cuenta. Ro era una reducida. Era imposible.

Pero Elliot no conseguía disipar la sospecha.

—Ro —dijo—, no le enseñes estas flores a nadie, ¿me oyes?

Ro frunció el ceño, confundida, y su bonito rostro cubierto de pecas se arrugó.

—¡Me encantan! ¡De verdad! —añadió Elliot estrechando la mano de su amiga—. Son unas flores preciosas y estoy orgullosa de ti. Pero tiene que ser un secreto, ¿de acuerdo? —Elliot se llevó un dedo a los labios—. Shh.

—Shh —la imitó Ro, manchándose la boca de barro con el dedo índice. Elliot deseó estar segura de que la chica estuviera haciendo algo más que reproducir el sonido como un loro, pero así eran las cosas. Siempre habían sido así, desde la Reducción. Cada generación de luditas cuidaría de los reducidos y de su descendencia. Se ocuparían de la tierra, obedecerían los protocolos y mantendrían a la humanidad con vida.

Después llegaron los HR.

Algunos calculaban que en aquellos momentos había ya cuatro generaciones de HR, aunque otros aseguraban que había sólo dos. Sin embargo, cada año había más, como si el mismísimo espíritu de la humanidad hubiese resurgido de las cenizas de la Reducción. Los HR —o los post, como casi todo el mundo, excepto miembros de la resistencia como el padre de Elliot, los llamaba— tenían ascendencia reducida, pero nacían y se desarrollaban con total normalidad. Los post eran tan inteligentes y tan capaces como cualquier ludita. En los tiempos del abuelo de Elliot escaseaban, pero ahora se decía que uno de cada veinte bebés nacidos en una familia reducida era un post, y los padres post jamás engendraban niños reducidos.

Los post empezaron a asumir puestos de poder en las haciendas luditas con gran naturalidad. Para cuando nació Elliot, era un hecho que las granjas luditas, en lugar de ser supervisadas por luditas de verdad como llevaba ocurriendo durante generaciones, fueran dirigidas por una plantilla de capataces, mecánicos, cocineros y sastres post. Los luditas, por su parte, presidían todo aquello mientras disfrutaban de una vida relativamente ociosa.

Cuando Elliot era más pequeña, le preguntó a su profesora por qué los HR seguían teniendo el mismo estatus legal que los reducidos si eran tan capaces como los luditas. La conversación no fue bien. La existencia de los HR era innegable, pero todavía era tabú desviarse del camino ludita. Ni siquiera se había estudiado el origen de los post, ni analizado su genética. No les correspondía a los luditas cuestionar la voluntad de Dios o la naturaleza del hombre. Tales pensamientos habían llevado a la Reducción, y la gente de Elliot se había salvado sólo por su devoción.

Elliot se preguntaba qué pensaría ahora la profesora de su devoción ludita. Sabía que su trigo era pecado, pero ¿qué otra opción tenía? La hacienda de los North no podía pasar hambre.

Sin embargo, lo de aquellas flores... era distinto. No habría excusa posible. Era consciente de lo que verían los demás: una creación de belleza frívola, hecha por una reducida que había remedado los crímenes de Elliot. Era insoportable. Imperdonable.

También era Ro en estado puro. Cultivaba flores porque le encantaban las cosas bonitas y hacía todo como Elliot porque la adoraba. Pero era una reducida, y eso significaba que llevaba sobre sus hombros el castigo por la arrogancia de sus antepasados. Ellos se habían creído superiores a Dios y habían sido reducidos un eslabón por debajo del hombre.

Si Elliot no tenía cuidado, Ro sería castigada por su culpa.

Ro reorganizó las macetas, enterrando las flores híbridas entre las demás.

—Shh —decía—. Shhh, shhh.

Pero no se podía esperar que mantuviera el secreto. Por lo menos, no como Dee o cualquiera de los otros post.

Elliot cogió una flor y frotó los pétalos entre sus dedos. Eran pequeños y perfectos, vivos y vibrantes. ¿Cómo podía una cosa así, algo tan pequeño y hermoso, ser un pecado contra Dios? Sin duda, una flor pecaminosa se marchitaría y moriría, pero aquellas prosperaban gracias a los cuidados de la más humilde de las criaturas. Independientemente de lo que pudiera significar, descubrirlas en un día como aquel le decía una cosa: por mucho trigo que pisoteara su padre, no se daría por vencida.

En las tardes de verano, el barón North y Tatiana montaban un gran espectáculo al bajar al santuario de la caverna de las estrellas para los servicios lúdicas. Sin embargo, su devoción menguaba en los meses de invierno, cuando el antiguo refugio no era un fresco amparo del sol, sino más bien la fría oscuridad que sus antepasados habían soportado únicamente porque las guerras los habían condenado a la clandestinidad.

Pero Elliot no les echaba en cara sus actividades sino que aprovechaba aquel tiempo para meterse en el despacho de su padre sin que la molestaran, y se ocupaba de la correspondencia del barón. Tiempo atrás, era su madre quien desempeñaba aquel trabajo, así que ahora, por derecho, debería corresponderle a Tatiana, pero ésta

mostraba la misma inclinación para los números que su padre; es decir, muy poca. En sus manos, el escritorio se hubiera hundido bajo el peso de solicitudes sin respuesta y, tal y como iban las cosas, sobre todo de facturas impagadas. La gente dejaba de pedirte favores cuando se enteraban de que debías dinero a todo el mundo. Incluso si te apellidabas North.

Cuando la madre de Elliot estaba viva, ahorraban. Ahorro y trabajo que equilibraban las peores tendencias de su padre. El hermano mayor del barón había sido criado para administrar la granja; Zachariah North, no. Su tío había muerto antes incluso de que sus padres se casaran, dejando atrás un hijo pequeño, demasiado joven como para hacerse cargo de la hacienda, y, aunque Zachariah no estaba preparado para coger las riendas, se convirtió en barón. La hacienda North jamás había sido la misma. El padre de Elliot poseía el sentimiento ludita de superioridad, pero no actuaba como tal, y desde la muerte de su esposa se ofendía profundamente con cualquiera que se lo recordara, sugiriéndole, por ejemplo, que el dinero que se adeuda debería ser reembolsado.

La mayoría de los días era Elliot quien lo hacía, pero ahora la joven tenía que tener mucho cuidado con las facturas, o se arriesgaba a que su padre le diera una charla sobre el honor que se le debía al barón North. Los North ni siquiera eran luditas normales, sino que pertenecían a una de las últimas grandes familias de barones que habían preservado el mundo después de la Reducción. Sus antepasados habían sacado de las cavernas a lo que quedaba de la humanidad. Poseían sus tierras desde hacía generaciones.

Resultaba difícil recordar todo aquello del honor familiar cuando Elliot se pasaba el día mirando al ojo a un huracán de deudas a punto de vencer.

Su trigo podría haberlos salvado, podría haber evitado que la hacienda necesitase importar alimentos durante el invierno. Incluso podría haberles dejado un excedente por primera vez en lo que Elliot recordaba. Pero no iba a ser aquel año: su padre prefería construir un hipódromo que apenas podía permitirse.

Una de las cartas le llamó la atención. El remitente era desconocido, pero por el nombre y la dirección parecía un post. Elliot la abrió.

Mi muy estimable barón Zachariah North:

Espero que perdone el atrevimiento de esta carta; nunca he tenido el honor de ser presentado a una persona tan noble como usted. Lo más probable es que no me conozca, ni conozca la reputación de la que disfruto entre sus ilustres compañeros. Soy explorador al servicio de mis señores luditas y, en los últimos diez años, mis actividades han reportado gran distinción y riqueza a mis mecenas, entre los que se incluyen las honorables familias Right, Grace y Record y la baronesa Channel. Si desea referencias mías, puede dirigirse a cualquiera de estas familias.

He sabido que está usted actualmente al mando de los astilleros pertenecientes al canciller Elliot Boatwright. Si las instalaciones no se encuentran en uso, estaría interesado en alquilarlas, así como algunas propiedades residenciales y el uso de parte de su mano de obra, mientras trabajan mis carpinteros de ribera. Aspiro a construir otro barco, uno mucho mayor de lo que cualquiera de mis instalaciones